

EDUCACIÓN

La revolución no es juego

A propósito del libro *Jugar y jugarse. Las técnicas de la dimensión lúdica de la educación popular*. Sistematización del Equipo “Pañuelos en rebeldía” de la Universidad de Madres coordinada por Mariano Algava, Ediciones América Libre, noviembre de 2006.

La autora presenta una difícil, pero importante discusión acerca de la educación popular, centrándose en la formación y bibliografía que propone la Universidad de las Madres.

Romina De Luca*

Por lo general suele identificarse a la educación popular como progresiva *per se*. Así se elude discutir quién, para qué y cómo se hace ese tipo de educación. Sin embargo, detrás de ese rótulo a menudo se engloban posiciones muy diversas que van desde variantes autonomistas —que niegan cualquier tipo de articulación con el Estado— y cooperativas hasta versiones asistencialistas desarrolladas principalmente por la Iglesia¹.

Pero, la diversidad no debe hacernos perder de vista los elementos comunes a todas. En primer lugar, su material humano. La educación popular suele ser un foco de atracción para buena parte de los jóvenes que se inician en la militancia. La infinidad de talleres de alfabetización, apoyo escolar o, en el mejor de los casos, formación política les otorga espacio para la canalización de sus energías de cambio social. Muchos militantes dieron sus primeros pasos en la militancia desempeñándose como educadores populares. Si bien es cierto que ello puede resultar beneficioso a título individual, no es el conjunto de la clase obrera quien sale favorecida por tal aventura. Por el contrario, ese tipo de educación implica una pauperización de la condición docente ¿Por qué? En primer lugar, no se puede comparar la formación y capacitación que dispone un educador popular y un docente. Sin entrar a discutir la caída en el nivel de formación de los docentes actuales los *saberes* de quien se ha formado para ello y de quien cree que lo hizo o dispone de talento natural no son equiparables. En este sentido, las masas a las que se pretende ayudar en

su liberación reciben una educación de peor calidad. Además, la mayoría de los educadores populares suelen ser jóvenes recién ingresados a la universidad, dirigentes barriales o madres y padres que encarnan tareas de apoyo escolar. Estos desarrollan su función *ad honorem*. Esto implica que no perciben un salario por su tarea ni se encuentran sindicalizados. Precisamente, por esas dos condiciones el Estado suele favorecer e integrar formas de educación popular a su égida. Los beneficios son varios. En principio, el Estado burgués se ahorra gastos en salario al garantizarse un servicio educativo gratis. Al mismo tiempo dispone de una masa que, al carecer de cualquier tipo de organización en el plano más básico como es el sindical, puede ser sometida a mayores niveles de explotación en comparación con un educador tradicional. Además, la matrícula que se educará en el ámbito popular se retira del circuito formal. Así, los beneficios para el aparato de la burguesía se multiplican: se ahorra recursos en salario, en infraestructura para institutos de formación docente, en construcción y equipamiento de escuelas.

La educación popular suele ser identificada por los docentes como un espacio de liberación para sus prácticas y de desalienación. Las planificaciones y el control por parte de la autoridad serían menores por ello, entre otras cosas, el docente se ve tentado por ese tipo de propuestas. Sin embargo, como hemos visto, el efecto termina siendo el contrario. La utilización de esos educadores termina reforzando el disciplinamiento y la explotación del conjunto de los docentes.²

Otro elemento común en la mayoría de las formas de educación popular es el horizontalismo. Si bien el educador popular suele estar menos capacitado que un docente tradicional ello no implica la ausencia de conocimientos. Por el contrario, la educación es una función intelectual que contiene una asimetría básica entre quien enseña y quien aprende. Aquel se ha formado como tal a lo largo de un proceso, ha dedicado tiempo y esfuerzo. Este hecho no implica, necesariamente, la ausencia de cualquier tipo de conocimiento por parte del *aprehendiente*. Pero, la educación popular se encarga de exacerbar este último elemento. Así colocan en plano de igualdad al docente y al alumno. El educador popular se mofa de no ser vanguardia de nadie ni de nada, a menudo rezan: “se trata de educar con el pueblo y no para el pueblo”. Por ello definen a todos los que participan en esas experiencias como “aprendiseñantes”, como iguales. De esta forma se equipara en igual medida y sin jerarquizar la capacidad de aprender y enseñar de cada uno de los partícipes en las experiencias de educación popular. Así, los educadores populares niegan lo que objetivamente son: intelectuales.

Un tercer elemento reside en la oposición que la mayoría de estas experiencias manifiestan hacia la educación formal. Suele ser común

*Profesora de Historia, becaria del CONICET e investigadora del CEICS y militante de la organización cultural Razón y Revolución.

¹El proyecto clerical, conocido como *La Lechería de la Solidaridad*, se encarga de realizar tareas de alfabetización y apoyo escolar. Se desarrolla en los márgenes del sistema siendo uno de sus propósitos la reinserción de alumnos desiertos en el circuito de educación formal. El mismo se desenvuelve en el barrio de San Pablo de El Talar, Provincia de Buenos Aires.

²El colmo de esta situación llega cuando, como ha ocurrido en el distrito de Merlo, Barrios de Pie concurre a los actos públicos (instancia donde se asignan los cargos docentes del sistema estatal) a reclutar a las maestras desempleadas ofreciéndoles al menos trabajar en los planes de alfabetización populares, en los cuales no reciben ni la cuarta parte del salario de un docente del sistema oficial.

escucharlos hablar de su purismo o castidad respecto al aparato oficial. De hecho, una de los componentes de la estrategia popular sería su desarrollo en los márgenes del sistema. Para ello, a menudo crean diferentes espacios exteriores a la educación pública en dónde desarrollarían sus talleres. Barrios, fábricas recuperadas, en comedores y merenderos populares o inclusive en ómnibus que recorren el país como sucede con el grupo *Trashumante*³ pueden ser ámbitos de educación popular. Establecerse por fuera aparecería como la única forma de realizar una experiencia educativa diferente a la oficial. Esta última suele ser catalogada como rígida y bancaria en dónde se presupone una relación asimétrica entre docentes y alumnos. El componente principal de esa asimetría residiría en la omnipotencia del docente. Éste sería el único que concentra conocimientos plausibles de ser transferidos al alumno. En este sentido, recuperando la obra de Paulo Freire suele catalogarse a la educación formal como *bancaria* porque es el docente quien ‘deposita’ conocimientos en el alumno quien los recibe en forma pasiva⁴. La búsqueda del purismo antisistema no niega, por un lado, los intentos de integración de estas formas de educación por parte del estado así como tampoco que ello ocurra de hecho. El caso arquetípico es el de *Barrios de Pie* quien en sus orígenes reivindicaban su existencia en los márgenes y, en la actualidad, se encuentran desarrollando programas conjuntos con el Ministerio de Educación⁵.

Sin embargo, la castidad tiene su precio. La educación popular se define como una instancia de liberación o emancipación colectiva. Por ello lo que hemos señalado anteriormente resulta una contradicción en la forma. La educación popular postula su intención de liberar a las masas pero se escapa del lugar donde éstas se encuentran. Su sujeto –mal que les pese- se encuentra en el circuito de educación formal que resulta un órgano de difusión de la ideología burguesa que alcanza al 91,5% de la población escolarizada⁶. Frente a la omnipresencia del Estado la creación de esos espacios de tan pequeña escala resulta una táctica errada.

³Grupo Autonomista desprendido de una experiencia originada, en 1998, en la Universidad de San Luis en el marco de la cátedra de Sociología Educativa.

⁴Freire, P.: *Pedagogía del oprimido*, Bs. As., S. XXI Editores, 2006. “En la visión ‘bancaria’ de la educación, el ‘saber’, el conocimiento, es una donación de aquellos que se juzgan sabios a los que juzgan ignorantes. Donación que se basa en una de las manifestaciones instrumentales de la ideología de la opresión: la absolutización de la ignorancia, que constituye lo que llamamos alienación de la ignorancia, según la cual ésta se encuentra siempre en el otro. El educador que aliena la ignorancia, se mantiene en posiciones fijas, invariables, será siempre el que sabe en tanto los educandos serán siempre los que no saben”, pp. 79. A esta absolutización de la ignorancia que Freire describe, Las Madres proponen un punto de partida opuesto igualmente erróneo: a saber la equiparación de todos los saberes.

⁵Un ejemplo de ello es el Programa *Encuentro* de alfabetización de jóvenes y adultos mayores de 15 años.

⁶INDEC: *Censo Nacional de población, hogares y viviendas. 2001* en www.indec.mecon.gov.ar

En lugar de dar el combate allí donde debe darse, es decir en las escuelas a las que asisten las masas, los educadores populares rehúsan eso y prefieren retirarse. De este modo, la pequeña escala diluye su impacto así como también su llegada a las masas.

Además, esos espacios autónomos contienen otro problema, a saber, la privatización. Otro de los argumentos que esgrimen para defender su construcción por fuera del sistema reside en la supuesta fuga de la lógica privatista. El supuesto auge de la privatización educativa, la destrucción de la educación pública o la introducción de lógicas mercantilistas en ella⁷ durante los noventa habrían provocado la huída de esos espacios por parte de los educadores progresistas. Sin embargo, a menudo esas alternativas terminan siendo privatizadas. La educación popular puja por el reconocimiento de sus títulos por parte de la autoridad estatal. Cuando ésta lo hace las enmarca dentro de las formas de educación privada. La mayoría de esas experiencias terminan funcionando bajo una forma mixta que combina el financiamiento estatal –a través de subsidios- con formas de sostenimiento privadas a través del apoyo de la comunidad⁸.

Jugar y jugarse es una compilación del equipo de educación popular “Pañuelos en rebeldía” de la *Universidad de Madres* que, precisamente, recupera todos los elementos enumerados anteriormente. En ella se expone el trabajo de uno de los siete talleres que estructuran la carrera de educador popular. La misma se orienta a la formación de educadores populares a través de experiencias de campo, éstas permitirían formarse desde la práctica. Una de las principales inspiraciones teóricas del equipo será la obra de Paulo Freire.⁹ En el programa de la carrera, la construcción colectiva, el juego, la introducción de lo cotidiano y la cultura popular ocupan un lugar central. En este sentido, el libro, dedicado al juego, expone una parte importante de cómo el equipo concibe a la educación popular.

El libro se estructura en tres grandes partes. La primera formula su definición sobre educación popular y, en particular, la importancia del juego en ella. En la segunda se desarrollan diferentes técnicas lúdicas dignas de ser utilizadas por los educadores populares. Dentro de ellas se

⁷Feldfeber, M.: *La educación en las Cumbres de las Américas. Un análisis crítico de las políticas educativas de la última década*, Bs. As., Miño y Dávila, 2005.

⁸La Universidad de Madres carece de títulos oficiales en la mayoría de sus carreras. Pero, a partir del 2006, sólo la carrera de Trabajo Social otorga un título oficial a través de un convenio conjunto con la Universidad de San Martín. Cabe destacar, que la Universidad Popular de Madres funciona bajo la modalidad privada, en tanto, todas las carreras son aranceladas. El arancel mensual fluctúa entre los \$25 –como sucede con la carrera de educación popular- y los \$40 como son los casos de Psicología Social, Cine Documental o Psicodrama.

⁹Dentro de la bibliografía básica de la carrera se encuentran: seis títulos de Freire, dos de Che Guevara, uno de Marx -Tesis de Feuerbach-, uno de Gramsci y uno de Rosa Luxemburgo. http://www.madres.org/univupmpm/carreras/educacion_popular/bibliografia/biblio.asp

distingue entre aquellas que posibilitan un relevamiento de las expectativas del grupo, las que permiten conceptualizar a la educación popular, las que habilitan el análisis de la realidad y, por último, las de evaluación. En la última parte, se realiza un balance en donde se resalta la importancia del juego y de la alegría en la construcción cotidiana de una contracultura. Veamos, con más detalle, las posiciones que el equipo de educación popular esgrime en cada una de esas partes.

El desarrollo de la primera parte se encuentra a cargo del coordinador del área de juego arte y cultura, Mariano Algava. Éste se encarga de remarcar la importancia de incorporar técnicas participativas en la educación popular. En su concepción, ese tipo de técnicas adquieren una gran importancia en tanto “a través de ellas nos ponemos en juego, nos largamos a la aventura del “hacer” juntos” (p. 6). Este punto será central en su argumentación sobre los beneficios de la educación popular porque, desde su perspectiva, el juego instaura una pedagogía que reinventa el poder a través de nuevas formas de política y así enfrenta el adoctrinamiento del sistema. Ese ‘hacer juntos’ infunde al proceso educativo popular de un profundo relativismo. Una de las características en esta variante educativa sería la utilización de la “pedagogía de la pregunta y no de las respuestas” en tanto no existirían los *saberes* absolutos sino más bien muchos *saberes* (p. 26 y 28). Así la educación popular pasa a negar la existencia del conocimiento científico. Acaso ¿el saber absoluto, el conocimiento, no es aquel que contiene una verdad científica y permite explicar la realidad? Y ¿la ciencia no avanza brindando respuestas a las preguntas que nos planteamos para resolver problemas concretos? La negación de ello coloca al equipo de madres más cercana al campo del *posmodernismo* que al de la revolución social.

Pero existe un elemento más que, en relación a lo anterior, debe mencionarse. La concepción que sostienen no sólo es equivocada en tanto relativiza la verdad sino también porque postula un horizontalismo inexistente. En palabras del equipo de “Pañuelos en rebeldía” no se deben establecer ningún tipo de jerarquías, ni de dogmas. Se trataría, entonces, de hacer una “educación ‘con’ el pueblo y no ‘para’ el pueblo” (p. 28). Aquí la crítica se eleva tanto a la educación formal como a los partidos de izquierda. A la primera porque consideran que, en tanto sus mecanismos “se explican desde la lógica bancaria de la acumulación” (p. 29) aparecerían como la máxima expresión de las jerarquías y de la rigidez. A los segundos, a través del comportamiento de sus militantes, porque su disciplina los tornaría burocráticos y dogmáticos (p. 181) y, por ello mismo, a menudo no entienden la alegría que genera la educación popular. Y peor aún, en tanto se colocan como líderes partirían de un punto errado que es presuponer que se sabe “qué cosas necesitan ‘los otros’”. Este equívoco inicial los llevaría a desarrollar una manipulación del ‘pueblo’ en lugar de verdaderas experiencias emancipatorias de educación popular.

Esta primera parte del libro se encuentra en conexión con la última. Si en la primera se encargaron de formular sus posiciones en la tercera -y a la hora del balance- explicarán su significado. ¿Cuál sería la importancia

de la educación popular, del juego y de las técnicas participativas? El juego colocaría en primer lugar a la subjetividad. La “gran carcajada insurgente” vendría a ponerle un freno a la máquina alienante de la burguesía. Se trataría de una construcción placentera, desde lo cotidiano, desde pequeños espacios.

En tanto el juego o lo lúdico cobra vital importancia para todos los que deseen oficiar como educadores populares, el corazón del libro está destinado a describir diferentes juegos utilizados por el equipo en su trabajo. Sin embargo, en muchos de ellos entran en contradicción con algunas de sus afirmaciones. Por ejemplo, al contrario de sus dichos, el docente no desaparece. En los juegos dedicados al diagnóstico, el docente, que recibe el nombre de coordinador, es quien selecciona lo “significativo” para presentar al plenario. El docente es quien plantea los juegos, que implican una visión de la sociedad una manera de entender la sociedad. Por ejemplo, proponen un partido de fútbol (p. 109 a 123) entre dos oponentes que son denominados por la coordinación como el “bloque dominante” y el “campo popular”. Allí, si bien anuncian que su enfoque es clasista, omiten hablar de las clases. El coordinador prefiere utilizar otro término.

Pero reivindicar el horizontalismo, negar la existencia de la ciencia, rescatar la alegría y el juego alternativo de la educación popular en oposición al supuesto dogmatismo de los militantes de izquierda no son actos inocentes, sino una elección política. Madres de Plaza de Mayo no tiene tapujos en proclamar que ha encontrado un amigo en la Casa Rosada. Acorde a su elección política defienden un tipo de educación que sólo genera dudas, confusiones y enturbia el campo de los luchadores revolucionarios, de la clase obrera. Al tiempo que promueven una mirada sumamente negativa de los militantes de izquierda a quienes cuestiona sin ningún fundamento, reproduciendo una visión de la militancia construida por la burguesía. Si bien el juego puede ser un elemento valioso dentro del proceso de enseñanza y aprendizaje, no cubre todas las necesidades educativas. El docente puede buscar que ese proceso sea lo más placentero posible, pero también es cierto que la educación y el conocimiento exigen trabajo, dedicación, disciplina, esfuerzo y sistematicidad.

El equipo de educación popular de madres, a pesar de su prédica sobre la construcción horizontal de los conocimientos, emplea las instancias educativas –desde su universidad hasta los proyectos de educación popular, para transmitir su ideología y para machacar su autonomismo: ni dirigentes ni dirigidos, todos somos iguales. En lugar de luchar por colocar a la escuela pública y sus contenidos bajo control de sus trabajadores, se encargan de crear un nuevo espacio (privado). Sin embargo, no puede esperarse otra cosa. La revolución es un juego sólo para quien está fuera de la lucha contra este sistema social.